

“La madre del Señor”: un viaje al corazón de María

Horacio Rodríguez-Penelas

La obra a la que me referiré, *La Madre del Señor*, fue escrita por Guardini a modo de carta dirigida a su amigo Josef Weiger, compañero espiritual de camino durante medio siglo. No es ésta una referencia menor, pues le imprime al texto una dimensión especial, propia de la relación espiritual que mantenía con su amigo. Concluido en el otoño de 1954, el libro se publica en alemán en 1955, aunque su versión original había sido redactada en 1942-43.

Guardini expresa su deseo de que todo lo que se diga de María guarde estrecha relación con la Sagrada Escritura. Sus reflexiones parten de preguntas que él mismo se fue formulando paulatinamente: ¿Qué debió haber sentido María en el momento de la Anunciación? ¿Cómo influyeron sus años de juventud? ¿Cómo convivió ella con Jesús y cómo vivió Su vida pública? ¿Qué experimentó con la venida del Espíritu Santo?

Estima Guardini que la respuesta a tantos interrogantes debería ser formulada con sensatez y mesura, como cualquier interpretación de los textos de la Sagrada Escritura, pero añada algo particular: con realismo, abriéndose a la realidad y respondiendo desde ella, considerando que toda acción, toda palabra de Cristo, es Revelación, y su estudio debe hacerse cuidadosamente “en la conciencia de la Iglesia, que forma el único ámbito adecuadamente construido en que puede verse la figura de Cristo con fidelidad a su esencia”¹. Éste es el criterio que debe observarse en el tratamiento de los temas marianos, reveladores de un Guardini que gusta de descubrir intenciones, de acercar figuras de la Escritura a la realidad espiritual cotidiana para hacerlas más familiares. Por eso no sistematiza, sus escritos son casi una propuesta para la reflexión renovando el camino que lleva del dogma a la piedad.

El itinerario mariano de Guardini contempla tres etapas de la vida de María: su infancia y juventud previa a la Anunciación, su maternidad comenzada en el mismo momento de su *fiat* y finalmente su madurez espiritual a partir de Pentecostés.

Para Guardini el contenido de la actuación divina se pone de manifiesto en dos ideas centrales: la primera, que Dios crea en este mundo un reino cuya historia se ve reflejada en la Historia Sagrada, reino que representa una realidad espiritual que viene. La segunda, que además de esa primera creación, hay una nueva creación en Cristo, llevada adelante también a través de la Historia. Aquí hace hincapié en el hecho de que Dios no se queda del otro lado sino que entra en el mundo, acortando las distancias que separan lo infinito de lo finito, lo eterno de lo terrenal. La venida se va cumpliendo ya en la Antigua Alianza, en el culto del Templo, para alcanzar la plenitud en la Encarnación del Verbo y aquí entronca con la historia personal de María, sin la cual no habría habido Encarnación posible.

Para Guardini resulta importante mostrar que la fe no es algo estático, sino algo que acontece, que crece. El carácter vivencial de la fe, su evolución y crecimiento, se percibe ya en su libro *Vida de la fe*: “Creer, no es pues, concebir algo fijo y acabado, que se muestra ante nosotros, sino llevar a cabo la experiencia personal de una existencia viviente”². Pone por ejemplo la figura itinerante de Abraham: “La antigua actitud de fe no se refiere a algo cerrado, sino a algo que acontece. No se dirige al

¹ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 22.

² R. Guardini: *Vida de la fe*, Difusión, Buenos Aires, 1954, p. 57.

presente, para desde allí mirar directamente a la eternidad, sino que, en la historia, sale al encuentro de algo venidero”³.

Preocupado por la dimensión ética de la persona humana, nuestro autor no desaprovecha la oportunidad de afirmar que la historia de la Revelación ya está referida a la libertad humana al ser definida como Alianza, pero también a la de Dios. El misterio de la Salvación es descrito en estos términos: “No le han podido inventar ni producir los hombres mismos; ha venido a ellos desde el misterio de la libertad de Dios”⁴. Observa que el Padre respeta la libertad del hombre y aunque castigue sus infidelidades no abandona jamás su decisión de redimir al mundo.

Remitiéndose a las Escrituras, al hablar de la juventud de María, Guardini señala la probabilidad de que hubiese quedado huérfana antes de los esponsales, pues no se halla ninguna alusión a sus padres en las Escrituras. Presenta la posibilidad de que fuera educada por algún tutor, pero parecería que este tema fue madurando en él pues en las homilias universitarias predicadas entre 1956 y 1960, recogidas en el libro *Verdad y orden*, lo afirma en forma contundente: “Luego su tutor la prometió a José ...”⁵. Siguiendo el texto sagrado deduce que la vida y la educación de María no fueron diferentes de las de cualquier niña o joven de aquella época en el pueblo de Israel. En los Evangelios tampoco se advierten hechos prodigiosos ni conocimientos extraordinarios y toda exageración al respecto debe ser sospechada de falsa pues aclara el autor que muchas de ellas provienen de leyendas y deformaciones originadas en escritos apócrifos.

En este contexto, nuestro autor introduce sus consideraciones sobre la vida interior de María, elemento fundamental para entender esta obra, pues afirma que la Encarnación no fue sólo algo físico sino algo religioso, más aun personalmente religioso. Para Guardini “una concepción en el cuerpo sin concepción en el espíritu no solamente no hubiera tenido sentido, sino que hubiera sido terrible, y no es posible que la redención de la Humanidad destruyera a la Primera que participó en ella”⁶. Guardini apela a momentos del Evangelio, el *Magnificat*, por ejemplo, que expresa lo que siente todo el pueblo de Israel, la espera y la esperanza, pero también expresa que esa historia se realiza en Ella, en la Madre, en la Elegida de Dios para dar comienzo al acto redentor. La condición humana necesaria que ve en esa sencilla mujer de la tribu de Judá es justamente la humildad, necesaria para aguardar al Mesías con todo el fervor que es de suponer y percibir asimismo que Ella participaría de un modo especial en esa llegada, en el advenimiento de la plenitud de los tiempos sin que esto constituyera un acto de soberbia. Si bien lo característico de la piedad de Israel era la presencia viva de Dios en el diario acontecer de ese pueblo, Guardini señala que la función de ese modo de piedad era destacar y mantener viva la presencia de Dios en la impregnación de la Ley y de las cosas cotidianas. El pueblo de Israel estaba preparando la venida asentándose en la confianza en esa piedad pero sin caer en la soberbia gracias a la vigilancia y la ascesis. Se pregunta entonces “¿dónde habría podido hacerse más fuerte e íntima esa vigilancia que en la persona que estaba inserta de modo tan estremecedor en la acción de Dios?”⁷.

La relación de María con la expectación del Mesías tiene para Guardini la dimensión de un presentimiento que si bien es inexpresable, es de una fuerza y un vigor que la coloca en una posición privilegiada ante la venida del Mesías, su expectación no es la expectación universal del resto de los israelitas, la suya es una expectación absolutamente personal al punto tal que ante el anuncio del ángel, Guardini le hace

³ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 32.

⁴ R. Guardini: *Verdad y orden*, Guadarrama, Madrid, 1960, T. II, p. 16.

⁵ R. Guardini: *Verdad y orden*, Guadarrama, Madrid, 1960, T. II, p. 28.

⁶ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 39.

⁷ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 42.

exclamar “¡Con que era esto!”⁸ y así nos conduce a ese maravilloso momento de la vida de María pero también de nuestra vida, de nuestra vida re-nacida en Cristo gracias a ese *fiat*.

El matrimonio era la forma de vida común para el hombre y la mujer del Antiguo Testamento porque se vinculaba con la fe en el Mesías; la permanencia de la estirpe hasta la venida del Mesías era considerada una bendición y una participación en el gran Advenimiento. Guardini intuye que fue esa la forma de compromiso que deseó José y aun María, quien no esperaba algo distinto de la que esperaban las muchachas de su época y su cultura. En esto nuestro autor es claro, no hay que suponer “gracias ni visiones prematuras porque actúan como cortocircuitos”⁹ y hacen perder de vista lo más propio de la existencia de María, lo que él define como la “apretada compenetración recíproca de la actuación divina y la conducta humanamente auténtica”¹⁰. En el mismo contexto de expectación confiada, piensa Guardini que Ella se prometió, vuelve sobre la idea de un tutor, pero con la íntima convicción de que Dios le tendería otro camino, «la actitud mariana» de aguardar lo incomprensible. En *El Señor* exclama Guardini: “¡Cómo iba a comprender el misterio del Dios viviente! Pero hizo algo mejor y más importante en este mundo, desde el punto de vista cristiano: en lugar de comprender, creyó, tuvo fe, lo cual sólo puede realizarse gracias a la fuerza otorgada por Dios, quien, a su tiempo, da también la comprensión”¹¹.

Viene luego la relación entre María y José respecto de los esponsales, el matrimonio y el nacimiento del Niño. Observa Guardini que nada en los Evangelios hace presumir la intención de María de permanecer virgen hasta que se produce la Anunciación. La deducción del autor es simple: la pureza de María, su transparencia absoluta, hubiera quedado mancillada de no advertir a quien sería su esposo de semejante decisión que lo afectaría a él en lo más íntimo, por todo lo cual Guardini rechaza de plano esa intención previa. Descarta totalmente la existencia de un voto de castidad. Es el nacimiento del Hijo de Dios el que exige a su Madre la plena dedicación, sin titubeos ni parcialidades, sin mediatintas; ahí se funda la virginidad y aun el parto virginal en el que se abre un comienzo distinto, algo totalmente nuevo que parte de Dios.

Guardini nos hace ver que María no tuvo ocasión de explicar a José lo ocurrido, ni siquiera existían las palabras para significar semejante misterio, todo era nuevo, la misma historia cambiaría para siempre, cómo explicarlo al hombre que amaba sin perturbarlo. Sólo la confianza en Dios pudo remediar esta situación y fue el ángel del Señor el encargado de hacer ver a José lo que estaba ocurriendo, y él la tomó consigo, es decir, llevó a plenitud su promesa matrimonial convirtiéndola en alianza.

Al respecto, hay dos párrafos del libro que merecen ser meditados: “De aquí procede la especial pureza propia de la Madre del Señor. En la hora de la Anunciación se decide a existir enteramente desde la fe. Al margen de la fe, ella ya no es en adelante nada más, y todo lo que es, es cumplimiento de la fe”¹². Y más adelante en la misma página dice: “Con esa fe María pasa del Antiguo Testamento al Nuevo: al hacerse madre se hace cristiana. Este hecho es tan profundo como *sencillo*. Un hecho único; una posición única; una realización única”¹³. Es imposible no sorprenderse ante la profundidad del misterio tan bien expuesto: al mismo tiempo que el seno de María gestaba al Niño, también gestaba nuestra fe cristiana, la que Ella inauguraba con su Maternidad divina, siendo puerta del Nuevo Testamento y plenitud del Antiguo.

⁸ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 43.

⁹ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 47.

¹⁰ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, pp. 47-48.

¹¹ R. Guardini: *El Señor*, Rialp, Madrid, 1963, p. 32.

¹² R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 57.

¹³ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, pp. 57-58.

Al considerar luego la etapa de la vida junto a Jesús, hasta su Muerte, su Resurrección y su posterior Ascensión, Guardini pasa muy rápidamente, casi apenas mencionando los acontecimientos de Belén, la huida a Egipto y el regreso. Sus días en Nazareth siguen siendo un enigma, a pesar de ser muchos los años que allí vivieron, al punto de que el Mesías recibiera el apodo de nazareno. De estas páginas puede rescatarse, no obstante, algo sabroso para meditar, no dicho dentro del texto, sino en una nota al pie: ¿puede decirse que esas tres personas que vivieron bajo un mismo techo en Nazareth constituían una familia? Responde nuestro autor: “Pues no era precisamente una familia, sino algo divinamente irreplicable, que no tiene nombre. Una fecundidad que redime al mundo, inmediatamente a partir de Dios. Un amor que era mayor, por ser diferente, que todo lo que ha unido jamás a las personas”¹⁴. Nuevamente aquí, y gracias a esa especial habilidad que tiene Guardini para hacer ver lo que a los demás se nos oculta, y mostrarlo justamente a partir de su velamiento, sugiere que, aplicar a esa realidad el término familia, es sólo ocultar su verdadera esencia: algo divino, no humano.

Que María no supo desde el comienzo todo lo que acontecería lo demuestran aquellas palabras que narran los Evangelios durante la infancia de Jesús: *Ellos no comprendieron las palabras que Él les dijo* (Lc. 2, 50), palabras que adquieren todo su vigor y su profundidad cuando se reflexiona sobre la forma en que esas palabras llegaron al Evangelio: ¿Quién, si no María, pudo haberlas relatado? ¿Quién habría osado decir que los padres no habían comprendido lo que el hijo les decía? Es importante dejarlo aclarado pues a partir de ahí Guardini expone una idea central de su pensamiento: que así como la perfección humana se conquista paso a paso, de modo análogo, la vida de la gracia también va creciendo en María, haciéndole más comprensiva de la magnitud del misterio al que Dios la enfrenta. Nuestro autor lo expresa bellísimamente: “En vida de Jesús seguramente María no había reconocido todavía en Él al Hijo de Dios en el pleno sentido de la revelación cristiana. Convivir conscientemente con semejante Ser hubiera estado más allá de su fuerza”¹⁵. Destaco aquí la expresión «semejante Ser» que emplea para significar justamente lo desemejante y, gracias a eso, tal desemejanza queda absolutamente clara.

Guardini profundiza luego este anonadamiento de María frente al misterio: “Pero, por otra parte, Él era Hijo de Dios; esa realidad estaba en la vida de ella y cobraba vigencia. Ella debía hacerle justicia; pero eso no ocurrió, creo yo, precisamente porque no lo «comprendió»; sino que más bien, con respeto y confianza, sobrellevó ese misterio constantemente palpable, perseveró, y poco a poco creció a la altura de una comprensión que sólo le fue otorgada en Pentecostés, cuando Él ya no estaba exteriormente a su lado”¹⁶. Cuando dice que esa realidad cobraba vigencia está significando que, si bien María sabía que era Hijo de Dios, su percepción, lo insondable de este misterio de la Encarnación, se va como develando paulatinamente, de a poquito, al punto que Guardini confiesa creer que ella no le hizo justicia en el orden en que lo merecía. ¿Por qué? Simplemente porque no lo comprendió sino que lo sobrellevó y perseveró hasta la plenitud de Pentecostés, cuando ya Cristo no estaba «exteriormente» junto a Ella. Me pregunto ¿sería arriesgado ver aquí el desafío que significó la fe para Guardini? ¿Será por eso que hace tanto hincapié en lo incomprensible?: “De nuevo se muestra la peculiaridad de la actitud de María: la fe que persevera en lo incomprensible, aguardando hasta que Dios ilumine”¹⁷. Esta fe no exenta de dificultades, de dudas, de vacilaciones, de sufrimientos, de incomprensiones por parte de los hombres, aun de los más cercanos, queda patente en un diálogo entre Juan y María, imaginado por Guardini,

¹⁴ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 62.

¹⁵ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 65.

¹⁶ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, pp. 65-66.

¹⁷ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 67.

quien le hace interrogar al discípulo: “Madre, ¿cómo has podido sobrellevar lo que Dios te ha encomendado?”¹⁸. Y nuestro autor continúa escrutando el corazón de María haciéndole responder: “Ciertamente, hijo mío, fue muy grandioso, pero fue muy duro, y yo estaba allí completamente sola”¹⁹. El tema de la soledad aparece y reaparece constantemente: “Lo que, a pesar de todo, era gozo por encima de todo gozo, tomó la forma de una soledad, en que yo no sabía lo que me traería de difícil la próxima hora”²⁰.

Frente a la escena en que a Cristo le anuncian que su Madre ha venido a verlo, él responde: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt. 12, 47-50). La reflexión que propone Guardini en el mismo contexto del imaginado diálogo entre María y Juan nos resulta realmente desgarradora: “¿Qué te imaginas, hijo mío, que pudo significar eso para mí? ¿Hasta dónde llegó entonces la lejanía entre Él y yo?”²¹. Por eso, la expresión “y a ti misma una espada te atravesará el alma” (Lc. 2, 34-35) es interpretada por Guardini como “gozo por encima de todo gozo, y sufrimiento por encima de todo sufrimiento ...”²².

Esta soledad frente a lo incomprensible del misterio se disipa recién con la venida del Espíritu Santo. Para Guardini el acontecimiento de Pentecostés marca de un modo definitivo la personalidad de María: desde entonces comienza otra etapa, la final de su vida terrena, tiempo caracterizado por el «auténtico conocimiento» al que se une la fuerza para poder vivir con semejante verdad. Ella recibe en ese momento la respuesta a todas sus dudas e inquietudes, todo se ve ahora como transparente, especialmente la angustia ante la cruz. Es en ese momento cuando Ella capta plenamente la vida de Cristo, de su Jesús, como vida del Dios-Hombre y esto le hace comprender su propia existencia, su destino personal, incorporado definitivamente a la historia de la salvación de la que había sido umbral y puerta, con su infancia, con su juventud y con su *fiat*. Guardini menciona que después de la Ascensión, María vive con plenitud la comunidad con su hijo pues Pentecostés la dota de aquella luz imprescindible para percibir efectivamente el misterio de su vida, de su entrega, de los dones recibidos, las mismas expresiones del *Magnificat* adquieren ahora un sentido pleno que, de haber sido conocido anticipadamente, “hubiera desaparecido esa seguridad sin la cual es imposible una vida de madre”²³.

Nuestro autor indaga luego en los días que vivió María después de la partida terrena de Jesús, y halla sólo dos referencias válidas en el Nuevo Testamento: el Evangelio de Juan que relata que el discípulo amado la recibió en su casa, y los Hechos que narran la espera del Espíritu Santo junto a los apóstoles. Su intención es determinar aproximadamente cuántos años de la vida de María duró esta nueva etapa después de Pentecostés. Teniendo en cuenta que las muchachas judías se prometían muy jóvenes, entre los doce y los catorce años de edad, María contaría con unos cuarenta y cinco años cuando Cristo ascendió a los cielos, “por tanto, puede haber vivido todavía mucho tiempo, a no ser que su anhelo haya acabado antes con ella”²⁴. Se pregunta Guardini si de modo análogo a como Jesús murió en la cruz en menos tiempo del previsto, causando la admiración de Pilatos, no podría también habersele acortado a María la espera del reencuentro definitivo con su hijo. Y esta pregunta es casi, al mismo tiempo, una respuesta, la firme sospecha de que esto debió ser así, que tanto por parte de María

¹⁸ R. Guardini: *Verdad y orden*, Guadarrama, Madrid, 1960, T. II, p. 27.

¹⁹ R. Guardini: *Verdad y orden*, Guadarrama, Madrid, 1960, T. II, p. 27.

²⁰ R. Guardini: *Verdad y orden*, Guadarrama, Madrid, 1960, T. II, p. 29.

²¹ R. Guardini: *Verdad y orden*, Guadarrama, Madrid, 1960, T. II, p. 32.

²² R. Guardini: *Verdad y orden*, Guadarrama, Madrid, 1960, T. II, p. 30.

²³ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 78.

²⁴ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, pp. 73-74.

como por parte de su hijo debió darse la necesidad de encontrarse para siempre, necesidad que queda reflejada en el término «anhelo», anhelo de eternidad, de una eternidad en Su compañía, superadora de tantas soledades, de tantas incomprendiones, de tantos silencios. Recuerdo aquí la distinción que hace Hannah Arendt entre el ansia de inmortalidad y el ansia de eternidad. Define la primera en estos términos: “Inmortalidad significa duración en el tiempo, vida sin muerte en esta Tierra ...”²⁵ y agrega más adelante: “Por su capacidad en realizar actos inmortales, por su habilidad en dejar huellas imborrables, los hombres, a pesar de su mortalidad individual, alcanzan su propia inmortalidad ...”²⁶. No fue anhelo de inmortalidad como apego a este suelo lo que vivió María, sino anhelo de eternidad, como apego al cielo, lo que pudo haber abreviado su espera y adelantado la partida de este mundo, partida que no significa falta de compromiso hacia las realidades temporales. Por eso Guardini puede preguntarse cómo viviría la destrucción del mundo alguien exento de pecado, con qué profundidad viviría la falta de amor entre los hombres y sus miserias.

Desde Pentecostés, María comprende acabadamente el misterio de la Redención del género humano, que su hijo era verdaderamente Hijo de Dios y que ella participa de un modo especial en el plan salvífico, con lo cual ya no será sólo la madre del Hijo de Dios, sino madre de todos. Para nosotros, los cristianos, su maternidad adquiere aun un sentido más profundo y directo al constituirse en Madre de la Iglesia. Pentecostés ahonda el misterio ya expresado y aceptado en el *Magnificat*, reluciendo de modo especial otra virtud estrechamente vinculada a la pureza, la humildad, que Guardini define como desprendimiento de sí, sin la cual no hubiese sido posible la concreción en Ella del plan de salvación. Pero en esa humildad ve nuestro autor el umbral de la elevación definitiva que la Iglesia proclama con la coronación, que pone de manifiesto la realeza de María.

Esta coronación tiene que ir precedida del tránsito de María, de su Asunción, pasible de ser sólo comprendida en estrecha relación con la Ascensión del Señor. Resulta interesante ver de qué modo Guardini relaciona esta Asunción con la muerte de los hombres, sobrevolando brevemente por la condición del hombre en el plan creador de Dios, antes de caer en el pecado original. Aquí muestra que si bien el hombre no moriría, ello no significa que su vida no tuviera un fin; para nada, lo que sugiere es que la forma en que se concretaría ese fin no nos es conocida. La Asunción de María aporta algún camino de reflexión sobre este punto.

A Guardini le llama la atención que la proclamación del dogma de la Asunción no hubiese producido un efecto mayor entre los cristianos y piensa que es por no advertir que con él se significa, especialmente, que la Revelación está definitivamente confiada a la Iglesia, su única depositaria, rematando esta idea con palabras que no dejan lugar a dudas: “La Escritura sólo habla adecuadamente en boca de la Iglesia, pues es un elemento en ésta”²⁷, frase en la que no hay que descuidar el término «adecuadamente» para comprender bien lo que quiere significar: “Iglesia es aquel conjunto de que son elementos tanto la Escritura como la Tradición: aquélla la parte escrita de la predicación apostólica; ésta la serie de los testimonios extra-bíblicos en que se expresa la conciencia creyente del final de la época apostólica y de los tiempos sucesivos”²⁸.

Este dogma realza la figura de María como Madre del Señor, clave para entender el sentido del libro y lo que quiso expresar Guardini al intitularlo, advirtiendo que la misma historia de la piedad cristiana avanza en la tendencia de apreciar a María cada

²⁵ H. Arendt: *La condición humana*, Paidós, Buenos Aires, 2007, p. 30.

²⁶ H. Arendt: *La condición humana*, Paidós, Buenos Aires, 2007, p. 31.

²⁷ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 88.

²⁸ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 88.

vez más cerca de la obra redentora de su Hijo. Arriba a una bella conclusión: que el dogma pone de manifiesto que “la Revelación no se refiere «al espíritu» o «al alma» sino al hombre”²⁹ pues María es totalmente persona humana como nosotros y al ser asunta en cuerpo y alma a los cielos en un acto plenamente incardinado en la Resurrección y Ascensión del Señor “habla enérgicamente sobre lo que es el cuerpo humano: esa misteriosa y cotidiana realidad, dirigida a la vez hacia la eternidad, y que algún día ha de quedar inserta en la vida de Dios”³⁰.

El epílogo nos lleva de nuevo a la pregunta formulada al comienzo del libro “¿Cómo ha podido ser todo esto?”³¹. Frente a diversas respuestas alternativas, presenta Guardini dos posibles errores: el primero, considerar a María como sobrehumana, como una diosa, podría decirse la tentación de lo mitológico; el segundo, caer en lo racional y en lo sentimental, dando lugar a la tentación de la leyenda. El punto clave para él es responder desde la gracia, “Dios se la dio para sostener lo inmenso”³². Con estas palabras tan contundentes señala tanto la plenitud de lo humano cuanto la inmensidad de lo divino, pues María desarrolló su vida de mujer a partir de la gracia. Esa bisagra entre dos realidades tan diversas, en la que una de ellas es imagen y semejanza de la otra, sólo puede comprenderse en la visión guardiniana de la vocación y de la gracia. La vocación anima, orienta y sostiene, con bellas palabras dice Guardini: “protege el corazón”³³.

Parece posible que él mismo desnude así su propio itinerario en el camino de la fe. La dificultad de creer y lo que significa el ascenso constante hacia una fe más plena, más auténtica, más madura, nos es sugerida en esta caracterización de la Iglesia: “¿Cómo cabría interpretar más bellamente a la Iglesia que diciendo que es la comunidad de los que se ayudan mutuamente a creer?”³⁴. Esta concepción de la Iglesia como comunidad que acompaña el crecimiento en la fe permite valorar de otro modo su insistencia en el tema de la soledad, de lo cual son elocuente expresión estas palabras: “Pero en definitiva, la fe se realiza en el solitario enfrentamiento de la conciencia con Dios”³⁵. Por eso me parece que este libro es no sólo un viaje al corazón de María sino, además, un viaje al corazón de Romano y una invitación a vivir plenamente la fe en nuestros días, dejándonos llevar por la gracia aun a través de lo incomprensible.

²⁹ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 90.

³⁰ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 91.

³¹ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 95.

³² R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 95.

³³ R. Guardini: *La Madre del Señor*, Guadarrama, Madrid, 1965, p. 96.

³⁴ R. Guardini: *Verdad y orden*, Guadarrama, Madrid, 1960, T. II, p. 34.

³⁵ R. Guardini: *Verdad y orden*, Guadarrama, Madrid, 1960, T. II, p. 35.